

voces, de trompetas y tambores acompañadas, las indispensables órdenes; en vano el contino de SS. AA., Juan de Peñalosa, compelia los pilotós á embarcarse, si no de grado, por fuerza; en vano acababa de llegar el corregidor Juan de Cepeda, que había inmediatamente aprestado las fortalezas, artillándolas, para llevar la imposición del mandato á las últimas violencias: los marinos corrían como alma que se llevase por los aires el diablo, y haciendo la cruz al genovés, volvíanse invisibles cual por arte de magia y encantamento. Con aquella corajuda tenacidad, propia del temperamento que reconoce la ciencia en Colón, éste porfiaba tanto por embarcarse á cualquier coste y con cualquier tripulación, que prometía, según el contexto de poderes fehacientes, perdonar las condenas y abrir las cárceles, llevándose los criminales, aun á riesgo de que lo matasen como si aquella expedición en lugar de ser una empresa, fuera un suicidio. Estas heroicas resoluciones, bastantes, en otro cualquier caso y ocasión, á acreditarlo de mártir, ó héroe, ó redentor; en esta porfía le daban como aires de monomaniaco y le ponían en peligro de que lo ataran á la menor novedad y lo recluyeran en cualquier hospital. Por todos estos engaños del público, las resistencias ajenas redoblaban á medida que redoblaba Colón los esfuerzos propios. ¿Cómo, decían las gentes, podéis fiaros de quien lleva la demencia, no sólo á querer levadas alzadas con amenazas de un cañoneo asolador, sino á reabrir las cárceles y arramblar con los presidiarios en una empresa marítima, para la cual tanto se pide la virtud, y la humildad, y la obediencia,

cia, y la sujeción á las ordenanzas materiales y morales de una disciplina militar y religiosa?

Hoy, explorado el cielo por los telescopios, henchidos los barcos del vapor que les impele contra viento y marea, el rayo de las tormentas cambiado en luz eléctrica, la tierra explorada, las costas esclarecidas en su mayor parte por faros amigos del navegante, no podemos explicarnos los terrores de aquel tiempo ante un misterio como el Atlántico mar, que las gentes creían cerrado por témpanos gigantescos perpetuos, lamiendo zonas inhabitables, donde por necesidad habrían de tropezar con su sepultura los atrevidos que fuesen osados á reirse de las divinas prohibiciones; preñado del Érebo, del caos formidable, de donde las cosas al eco de la palabra divina surgieran y adonde han de volver las cosas también, deshechas y disueltas en las ráfagas precursoras del juicio final: Apocalipsis espantoso, en que unas veces aparacía la mano de Satanás, semejante por sus dimensiones á colosal araña, manchando los cielos, y abierta para enredar en sus negros dedos los barcos, y otras veces aquel enorme *Leviathan*, forjado por cíclopes horribles y por feos hipocentauros, combatido entre sendos huracanes eléctricos, seguido de voraces y exterminadores monstruos, los cuales se conjuran para extender y difundir por las aguas inexploradas perdurables y exterminadores naufragios. Para que nada faltase, había la imaginación, extraviada en sus delirios, alterado hasta la historia natural, y visto en el agua peces de extraordinarias formas asaltando á los pobres mareantes, y aves de dos cabezas con garras más

afiladas que todos los aceros juntos, cuyas negras alas podían obscurecer el sol como con dobles sudarios y cuyo hueco buche devorar y sepultar pueblos enteros. Así, no recordemos que los pobladores de Moguer y Palos preferían sus buques y sus hogares á la incertidumbre de una empresa, por más que la esmaltasen los iniciadores con toda suerte de halagos y prometiesen al terminar ríos de plata líquida, montañas de oro macizo, mares donde se cosechaban las perlas á puñados, lloviznas y rocíos de brillantes; no recordemos esta resistencia de los pacíficos ciudadanos; recordemos únicamente cómo los penados preferían la cadena perpetua y la horca misma, si los apuraban, á morir achicharrados en la zona tórrida ó hervidos en agua de una continua ebullición. Ni las suspensiones de causas decretadas en pro del número de reos que quisiera tripular las carabelas; ni las inverosímiles medidas congruentes con estas violencias lograban resultado ninguno favorable á la empresa: y Colón corría el grave riesgo de ahogarse á la orilla misma del mar de sus deseos, y perder el ahorro de unos treinta y más años en que había vuelto su vida y su idea por entero hacia la colosal obra de su viaje, frustrado casi por increíbles repugnancias de abajo, completamente inesperadas, cuando parecía más cierto y más seguro por las concesiones de arriba con tan hercúleos empeños alcanzadas. Los nervios de Colón á tal recelo se descompusieron por completo y la cabeza padeció vértigos no experimentados en las contrariedades mayores. Aquella su paciencia inacabable se fundió en una impaciencia febril que lo mataba, y estalló

en sacudimientos casi epilépticos y en desesperanzas casi suicidas. Con las ordenanzas Reales puestas sobre su cabeza; con el oro, á tanto esfuerzo allegado, en su escarcela; con las autoridades todas á sus pies; el plan suyo se perdía y desconcertaba en la resistencia popular.

Afortunadamente, Colón tenía por sí á la providencia de su obra, tenía por sí al franciscano Juan Pérez: y éste, como le había con su influjo acorrido en las dificultades opuestas por la Corte, acorreríale también ahora en las dificultades opuestas por el pueblo. Colón le pidió auxilio en tres consecutivos naufragios morales, peores que los naufragios oceánicos, y á los tres dió puerto de refugio la caridad y la sabiduría del monje. Su conocimiento de la muchedumbre corría parejas con su conocimiento de la realeza. Y cual supo buscar en el trono la fuente de los recursos necesarios para la obra, supo buscar en el pueblo los medios de que los recursos allegados no se frustraran por carencia de cooperación popular en el trabajo, más ínfimo quizás, pero más indispensable, á tanta empresa. Movíale primero su amistad por la persona de Colón, exaltada en términos de parecerse mucho á la sentida más tarde por el nombre y memoria de Colón en el pecho de un hombre tan fervoroso y vehemente como el P. Las Casas, amistades las dos en culto rayanas y transmitidas casi con sus obras materiales é intelectuales á todos los siglos. Mas, dejando aparte afectos personalísimos tan dignos y nobles, aun movía de seguro al P. Juan, mayormente que su amistad con Colón, su amor á la ciencia cosmográfica, en las orillas del mar y en las con-

versaciones con los pilotos allegada, y su amor á la religión cristiana, próxima en sus experiencias y en sus conclusiones á extenderse por los mares y por los horizontes y por los territorios y por los pueblos de que le hablaba el descubridor en la cruz del convento, mirando al cielo y oyendo al Océano, por las noches, al saltarle la cabeza el genio y bullirle en los labios el verbo de sus proféticas visiones. Y allá, con su amistad por el Profeta y con su afecto entusiasta por la ciencia, con su culto piadosísimo á la religión, uníase por necesidad el deseo natural de tan exaltado fraile de que su Orden, la seráfica Orden franciscana, cuyo espíritu había inspirado á Giotto sus cuadros, y á Dante sus tercetos, y á San Buenaventura sus libros, extrayendo del cristianismo aquella tendencia democrática que había de juntarlo por siempre al progreso universal, inscribiese durante toda una eternidad su recuerdo imperecedero en la obra, que creía él y anunciaba imperecedera también, de su amado amigo, el inmortal nauta. Y, con efecto, el presentimiento luminosísimo se cumplió; la religión de San Francisco brilló en aquella ocasión y sobre aquel plan como la estrella evangélica que guiara los Reyes del Oriente antiguo y extremo al portal de Belén. Diríase que Dios había querido premiar la caridad inagotable de San Francisco asociando su Orden á tan caritativa obra; los amores de San Francisco por la naturaleza, guardados en sus poemas de las florecillas, asociando su Orden al hallazgo de nuevos aromas en campos recién creados, como el paraíso terrenal sin mancha, por recién inventados, y de astros nunca lucientes

hasta entonces en lo infinito; el cuidado de San Francisco por los pobres y por los humildes, de tanto más precio cuanto que los cumplía bajo las feudales terribles ladroneras y horcas del férreo mundo medioeval, asociando su orden al continente oculto en que debían brotar la libertad, la democracia, la república, esa clarísima trilogía del mundo social correspondiente con la trinidad sublime del cielo cristiano. Los desasimientos de todo interés mezquino; los entusiasmos y efusiones por el ideal religioso; la mezcla feliz de su fe viva con su adivinada ciencia; el efluvio magnético de un éter como el que despiden las noches andaluzas y las absorciones de una evaporación salina como la que los mares oceánicos exhalan; aquella natural confianza que se adquiere por necesidad al recogimiento y al estudio monásticos, en la posible verificación de todas las sobrehumanas intuiciones, hicieronle, no sólo santo, sabio en astronomía y náutica, determinando su ánimo á mezclarse con tanto empeño en la empresa increíble hasta cumplirla con tanta felicidad, que su ascética figura luce hoy, entre todas, á las puertas del Nuevo Mundo; y su nombre no se apagará en los recuerdos de la eterna humanidad, ni siquiera cuando se hayan extinguido las estrellas australes en los espacios del nuevo hemisferio.

---